

Domingo de Resurrección (31-03-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Muy queridos hermanos y hermanas:

El Señor ha resucitado, ha atravesado la hondura, la tremenda hondura de la muerte, esa que se anticipó en su vida como una experiencia tremenda que tuvo como motivación única el amar como el Padre lo amó a Él. Por eso, en el primer himno de la Iglesia se cantó: *“Tengan ustedes los mismos sentimientos que Jesucristo, el cual, siendo de condición divina, no retuvo para sí su categoría de Dios, sino que se anonadó, tomó la condición de siervo y sufrió la muerte, y una muerte de Cruz. Por eso, Dios lo resucitó y le dio el Nombre sobre todo nombre, para que todos inclinaran la rodilla ante Él y proclamen que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”*.

Este precioso himno compuesto por la Iglesia - después de una larga fatiga de tratar de comprender en dónde está el corazón del misterio de Jesús - encontró que lo más importante y novedoso de Dios es su presencia en nuestra vida, la presencia de la eternidad en la historia de la humanidad a través de su amor gratuito y generoso y sin medida, en su hijo, e incluso hasta la muerte y muerte de Cruz.

Por eso, para comprender un misterio así, la Iglesia demoró. Y hoy día tenemos uno de los ejemplos, en el Evangelio de Juan (20, 1-9), en donde María va al sepulcro muy temprano (como sucede en otros textos del Evangelio en donde las mujeres se levantan también temprano y

llevan aromas para embalsamar el cadáver). María y las mujeres ven la piedra quitada y les suscita preocupación; por una parte, María no termina de creérselo, cree que han robado el cadáver y no sabe dónde lo han puesto; por otra parte, se echa a correr.

Si hay algo importante de la Resurrección es que nos moviliza, nos hace cristianos dinámicos, no nos estanca, nos hace buscar al Señor, explicarnos las cosas, pensar y comprender poco a poco hasta encontrar una convicción de vida que nos permita seguir viviendo a pesar de todas las dificultades de la vida.

Hoy día, el Santo Padre nos ha recordado que esa piedra que cubría el sepulcro del Señor es el esfuerzo de toda la humanidad por negarse a abrirse a algo más grande para lo cual está hecha esta humanidad, y que nos es revelado por el Señor. Pero Dios mismo quitó la piedra - ha dicho el Santo Padre - para que todos pudiéramos acceder a la vida que viene como consecuencia de que se es amado y se ama, aun cuando los poderes humanos pongan piedras a gigantes.

Entonces, María se echa a correr y se lo comunica a los discípulos, los cuales también corren. Tenemos una Iglesia maratónica, como nuestras campeonas de maratón que ganan certámenes mundiales. Esa es la forma de correr que necesitamos cada día para mejorar nuestra vida humana, en especial, nuestro país. Tenemos que correr a auxiliar a las personas con hambre, con miseria, con enfermedades. Tenemos que salir airosos porque el Señor ha resucitado y, sin prácticamente saberlo, pero por profunda intuición, corren porque lo amaban, porque se desesperan y no comprenden, pero sienten que Él vive en ellos.

Y, por esa razón, también, hoy día, estamos llamados a meditar y a ver cómo es que, en este correr, hay una motivación que luego va a ayudar a que la Iglesia, especialmente la de Juan, nos dé ejemplo de ser una Iglesia peregrina. Hemos estancado demasiado a la Iglesia, la hemos hecho un conjunto de organizaciones jerárquicas. Está bien que haya alguien que nos dirija, un pastor, los pastores, pero no es para que todos estemos quietecitos, esperando qué va a decir el pastor, cuando todos también somos pastores de los demás, porque el Señor nos inspira para ser como Él, responsables y misioneros.

Quizás, es culpa nuestra que no los hemos evangelizado como dice el Evangelio, sino según unas costumbres en donde todo es repetir igual. Y aquí vemos, entonces, que hay algo interesante: las tres actitudes de los discípulos en el sepulcro. Son actitudes que se basan en una cuestión, **ver**. Ver entrando o asomándose al sepulcro, intentar mirar cada vez más profundo, pero, sobre todo, en primer lugar, mirando.

La primera mirada es la de María Magdalena, que se asoma nada más, mira y sale corriendo. Es un mirar, podríamos decir, más sencillo, menos profundo, pero igualmente potente porque moviliza a María.

Si intentamos ver nuestra realidad con los ojos, hermanos y hermanas, si intentamos ver nuestros problemas, si aceptamos lo que somos para poder ir entendiéndonos y superando, si miramos cara a cara la realidad, encontraremos al Señor, encontraremos posibilidades. Pero si queremos ser ciegos y no ver la realidad y creer lo que somos a través de creernos lo que no somos, entonces, nos engañamos, imaginamos cosas. Y este es uno de los problemas de nuestro país en este momento clarísimo:

vivimos de lo que pensamos de nosotros, no de lo que somos. Y para vivir realmente de lo que debemos ser, primero, es necesario ver en qué situación estamos, y si es calamitosa, aceptarla y empezar a ver por dónde hay algo interesante para poder surgir, porque el Señor siempre nos tiene escondido la maravilla de algo que es al revés de lo que pensamos, a pesar de que podemos estar en una situación muy grave. Pero por huir de ver, nos volvemos ciegos, y tampoco la podemos distinguir, porque no queremos ver las cosas cara a cara.

Solamente cuando vemos cara a cara a la realidad, algo se puede suscitar de esperanza, es decir cuando somos realistas. Y si hay algo que caracteriza a la fe cristiana es el realismo, no la loca ilusión, no la imaginación vana, no el creerse algo absurdo, sino el partir humildemente de la realidad. Y esa es María.

Por eso, solamente asomándose, le suscita una fuerza que va a comunicar. De repente, no sabía qué comunicaba y solo dice: “¡Se han robado al Señor, no sabemos dónde lo han puesto!”. Y, aunque esa no era esa la verdad, sí se había acercado y había podido comunicar, es decir, se convirtió en una evangelizadora limitada pero interesante. Y nosotros podemos ser evangelizadores limitados, pero interesantes si, mirando la realidad, encontramos alguna huella del Señor.

Dice el Evangelio que los discípulos echan a correr y llegan al sepulcro, y cuando llegan Pedro entra (se detiene el que corrió más rápido) y observó, examinó, vio el sudario, vio las vendas, se quedó enigmático. La palabra que usa el texto, por si acaso vayan a asustarse, es “teorizó”.

Ustedes han escuchado (sobre todo, los chicos que son universitarios) tanta teoría que nos enseñan en las universidades. “Teorizó” significa que empezó a especular qué cosa habría pasado. Es una persona que, prácticamente, todavía no cree, pero siente que debe creer y, entonces, empieza a hacer hipótesis e ideas posibles. Es una segunda manera de ver, pero es una manera que el Señor suscita en Pedro para hacernos ver a todos que podemos ver distintas cosas y de distintas maneras, pero siempre hay un núcleo central que es El a quien vamos a encontrar.

Finalmente, llega Juan, y el texto nos dice que “**vio y creyó**”. ¿De qué manera vio Juan para poder creer? Es el modelo de todo creyente, porque vio más profundo. Se le llama a Juan el amigo íntimo de Jesús, el discípulo amado, y él, que con todo su corazón de haber caminado con Jesús y haber conocido su intimidad porque eran “patas” del alma, simplemente, ve los signos y cree. No dice ya la palabra: “ha resucitado”, pero cree con hondura porque su relación con esos signos les dice que Jesús está allí, que Jesús está y “no está”, están sus signos y está ya caminando para salvar al mundo como resucitado y hacer posible la consolación de todos los seres humanos.

El día de ayer, en la noche, el texto decía una cosa más, que es un poco similar a esta pero que es muy interesante: *“Las mujeres están despavoridas y salen del sepulcro”*, pero también dice que se atrevieron también a entrar y bajaron al sepulcro, vieron la realidad. Es verdad que salen medias descolocadas y despavoridas porque el joven vestido de blanco les dice: *“No está aquí, ha resucitado”*. Ellas no entienden mucho y salen, pero un ángel se les aparece y les dice: *“Vayan y digan a los discípulos que*

vayan a Galilea y Él los precederá". Esta es una frase sumamente linda porque tiene que ver con nuestra fe.

Ir a Galilea es ir al lugar, al punto de partida del camino de Jesús, donde estaban los demonios destruyendo a la gente, donde Jesús aparece como el "santo de Israel" que cura al endemoniado, que cura al leproso, que cura a la suegra de Pedro. Ese Jesús que, en Galilea, mostró los signos de esperanza para la humanidad que están en el amor que cura, que sana, que alimenta, que comparte, que da vida, que da aliento, que no se gasta la plata en frivolidades y en tonterías, sino que sabe compartir la vida con los demás y que sufre con los demás.

El ángel las envía al punto de partida porque todos ahora estamos en ese punto de partida en nuestra "Galilea peruana". Y esa Galilea nos exige con el mismo amor con el que el Señor nos amó, ahora, nosotros, también hemos de continuar su camino, y adentrarnos en lo más profundo de los males y ayudarnos, perdonarnos y curarnos de nuestras heridas y también de nuestras locas ilusiones.

Por eso, hoy día, estamos invitados a ver nuestra realidad y a creer, porque hay signos diseminados en toda nuestra vida y nuestra historia que son como las vendas y como el sudario, y que en el sepulcro de nuestra historia están comenzando a ser signos de esperanza y de resurrección.

Hemos insistido toda esta Semana Santa en la importancia de reconocer el signo de las ollas comunes que sigue vigente después de toda la Pandemia y que, ahora, ha puesto atención en el hambre de la gente, porque estamos sufriendo hambre y porque hay una indiferencia radical para solucionarlo, y tenemos que organizarnos todos para hacerlo.

Esa es nuestra “Galilea” de hoy y, en medio de todas las dificultades que están habiendo, están nuestros jóvenes en las plazas bailando como la Virgen de la Alegría que, justamente, mirando a su Señor, sabe que, en medio de las situaciones difíciles, hay que tener aliento, hay que tener el mismo ánimo resucitador de Jesús.

Hoy día estamos contentos porque esos signos se multiplican con las hermandades, con las comunidades, en donde estamos todos llamados e intentando reformarnos para mejorar. De hecho, en la Hermandad del Señor de los Milagros hemos comenzado una reforma para que sea una fraternidad, una comunidad de hermanos que conozcan mucho más vivamente al Señor que cargan, y no simplemente lo festejen en un mes en el año. Y a todas las hermandades también les pedimos lo mismo: animarnos a ser comunidad cristiana que se deja atravesar por el Evangelio.

Que Dios los bendiga y que esta Pascua sea una Pascua de reengendramiento, de regeneración nacional, y así podamos resucitar a una vida nueva gracias a que el amor inunda nuestras vidas y gratuitamente permite que todos podamos compartir y ayudarnos solidariamente para superar todas las injusticias, todos los males y todas las frivolidades que todavía nos acechan.

¡Viva Cristo Resucitado!

¡Y viva la Virgen de la Alegría!